

HERMANA MENOR (Irurzun)

PRIMERA ASCENSION POR SU CARA NORTE "VIA DE LA VIRGEN"

POR FRANCISCO BERRIO HERNAIZ

«Nere Amari... y a todas las madres que semana tras semana ven marchar a sus hijos mochila al hombro con retorno incierto.»

PROLOGO NECESARIO

Cuando terminé de revisar el relato que sigue a continuación me creí en la obligación de dar una explicación previa con algunas consideraciones acerca de este tipo de literatura montañera, con la intención de que quienes lo lean —o lean otros similares— puedan hacerlo partiendo de una base desde la que pueden disfrutar mejor y comprender más lo que el autor a querido comunicar.

El relato no es de un escritor; esto se ve a primera vista. Es una descripción de una escalada por un hombre que no está acostumbrado a escribir, pero que conoce perfectamente su oficio de escalador. Tiene algo que decir y lo hace a su modo, con sequedad y concisión. Da importancia a los detalles que a su juicio condicionaron el éxito de la ascensión de un modo importante, pero omite en cambio otros muchos datos que podrían ser de interés para el público en general, por la sencilla razón de que desconoce el público.

El escalador actúa en la soledad, sin nadie que comente o aplauda sus acciones, a no ser otro solitario como él. Por lo tanto escribe para ese montañero a quien da cuenta de su escalada para que le sirva de orientación si es que se decide a emprenderla. Esto viene a ser algo así como un deber de solidaridad montañera, pues también a él le sirvieron de mucho los relatos de otros escaladores que le descubrían nuevas paredes y nuevas técnicas, e incluso sensaciones (valor, miedo, inquietud, satisfacción), que no eran exclusivamente suyas como hasta entonces había creído, sino comunes a todos ellos. Y en pago, como agradecimiento, escribe a su vez y a su modo lo que hizo, cómo y con qué, es decir con los datos justos y precisos para que sean útiles a otro escalador, no para quien no lo sea.

Por supuesto que hay montañeros que escriben de otra forma mucho más bonita y de éxito literario. Pero no es normal que un escalador use de esta fórmula

que en general se complace de usar en términos poéticos y de exagerar los gestos y los detalles. Descubrir totalmente las intimidades del alma y lanzarlas al público en letras de molde descalificará automáticamente a un escalador a quien sus compañeros acusarán de exhibicionista, como es el caso de grandes figuras de la escalada que cuentan con buenos espacios en revistas ilustradas de renombre internacional y que han sido borrados de entre los puros, los intachables, los solitarios aventureros de las paredes.

Esta es fundamentalmente la razón por la cual el presente relato —como otros del mismo estilo— son escuetos y duros a pesar de sus pinceladas de color humano. Es una forma de escribir ya tradicional en la actividad escalatoria, pero puede ser la causa de que la escalada que en ella se cuenta pase inadvertida a pesar de ser una de las más difíciles de las del País Vasco. El autor relata la ascensión con términos técnicos, pero no califica el hecho; tampoco se entretiene en contarnos los antecedentes de la misma: cómo la cordada se reunió al pie de la pared durante cinco días consecutivos en los que tuvieron que renunciar cansados y ateridos por la lluvia, el frío y las dificultades. Ni hace comentario alguno sobre la profunda e íntima decepción de uno de los compañeros que en el preciso día en que pudo comenzarse la escalada con éxito, hubo de ausentarse, por terminar sus vacaciones. Todo esto deja de contarse porque es normal que así ocurra y porque son pinceladas anecdóticas que no añaden ni quitan nada al relato técnico, que es el que se quiere comunicar a quienes vayan a seguir la ruta.

El relato va dirigido, insistimos, a quienes pueden servir de estímulo o de ayuda para que si siguen la misma ruta la hagan bien, felizmente, con el menor riesgo inútil posible. Porque en la escalada se busca la dificultad y la superación de lo imposible, pero se desecha lo que es artificioso o poco directo. No se pretende la exhibición o el juego peligroso, pues para conseguir esto bastaría utilizar localmente una motocicleta en la ciudad. No. La escalada es, para escaladores, algo mucho más importante y más hondo, con su propio estilo.



Son las 22,30 del Domingo 12 de Septiembre de 1965.

Marco un número en el teléfono. Al otro extremo una voz femenina avisa a su hermano; éste no me da tiempo a decírselo, me increpa preguntándome:

—¿Soy el primero en enterarme?

—¡Sí!

—¡Enhorabuena!

—¡Gracias, Alberto! Era una hermosa ascensión de roca virgen. Pero tu responsabilidad y obligaciones no te han permitido terminarla.

Y suelen decir que escalar no sirve para nada. Yo experimento lo contrario: es forjador del carácter y da un matiz especial al que lo practica. El hábito de este deporte es continua superación y vencimiento, dominando el miedo y gozando de la misma, según se halle nuestro ánimo.

Acuden ahora a mi mente recuerdos acerca de los sufrimientos, sinsabores y malas noches pasadas al abrigo hosco de la Hermana Menor de Irurzun. Sin embargo, estoy satisfecho, contento, hasta incrédulo de haber «conquistado» la «Vía de la Virgen», es decir la cara Norte de dicho murallón con más de doscientos metros de desnivel entre su cumbre y la carretera a sus pies.

Domingo 12 de septiembre de 1965.

Sucedió así.

7 h. 30 m.

Con unas pocas viandas para la jornada que nos espera, con la cuerda y el material férreo a la espalda, iniciamos en la carretera (a la altura del mirador), la aventura. Nos agachamos al pasar debajo de un cable que sujeta un poste cercano.

Zig-zagueando y sorteando los duros repechos, ora agarrados a un bojedal, ora a la roca, ora a la hierba, vamos progresando lenta y silenciosamente mi compañero Miguel y yo hacia el cercano lugar denominado «Plaza de Toros» (bosquecillo de encinos con terreno relativamente llano).

En este punto y en su extremo izquierdo arranca la escalada que nos ocupa. Precisamente a los pies de la «Cueva del Buitre» (ver esquema).

Me santiguo y paso el cordino rojo por un pitón militar con anilla. Hace falta también el estribo; me estiro y logro asirme a la clavija inmediata. Mosquetón y cordino blanco.

Seis metros aproximados en libre por roca de buenos agarres hacen llegarme a otro pitón introducido en fisura diagonal a la diestra.

A continuación un remache; cabalgo sobre los estribos; otra clavija ¡Uuuup! He llegado al primer taco, que aguanta bien.

De nuevo perspectiva en libre (unos cuatro metros).

¡Qué bonita es la escalada en libre! Resulta una aventura con la roca. Siento fuerzas en los brazos y los dedos no traicionan; tanto mejor, pues nos serán necesarios.

Dos pitones más aguantan el paso del escalador sobre estribos, después me izo a brazo y pies en clásica bavaresa, terminando este largo (de 35 m.), en la «Cueva del Buitre». Huele a excremento de buitres. Aseguro las cuerdas en una clavija de sección U.

—¡Mikel! —grito.

—¡Zer!

—¡Gora-auguro!

Nota un ligero tirón en una de las cuerdas, significa tensar; más tarde son dos los tirones, comprendo; tengo que aflojar.

Mientras velo la progresión de Miguel, procuro relajarme, descansar.

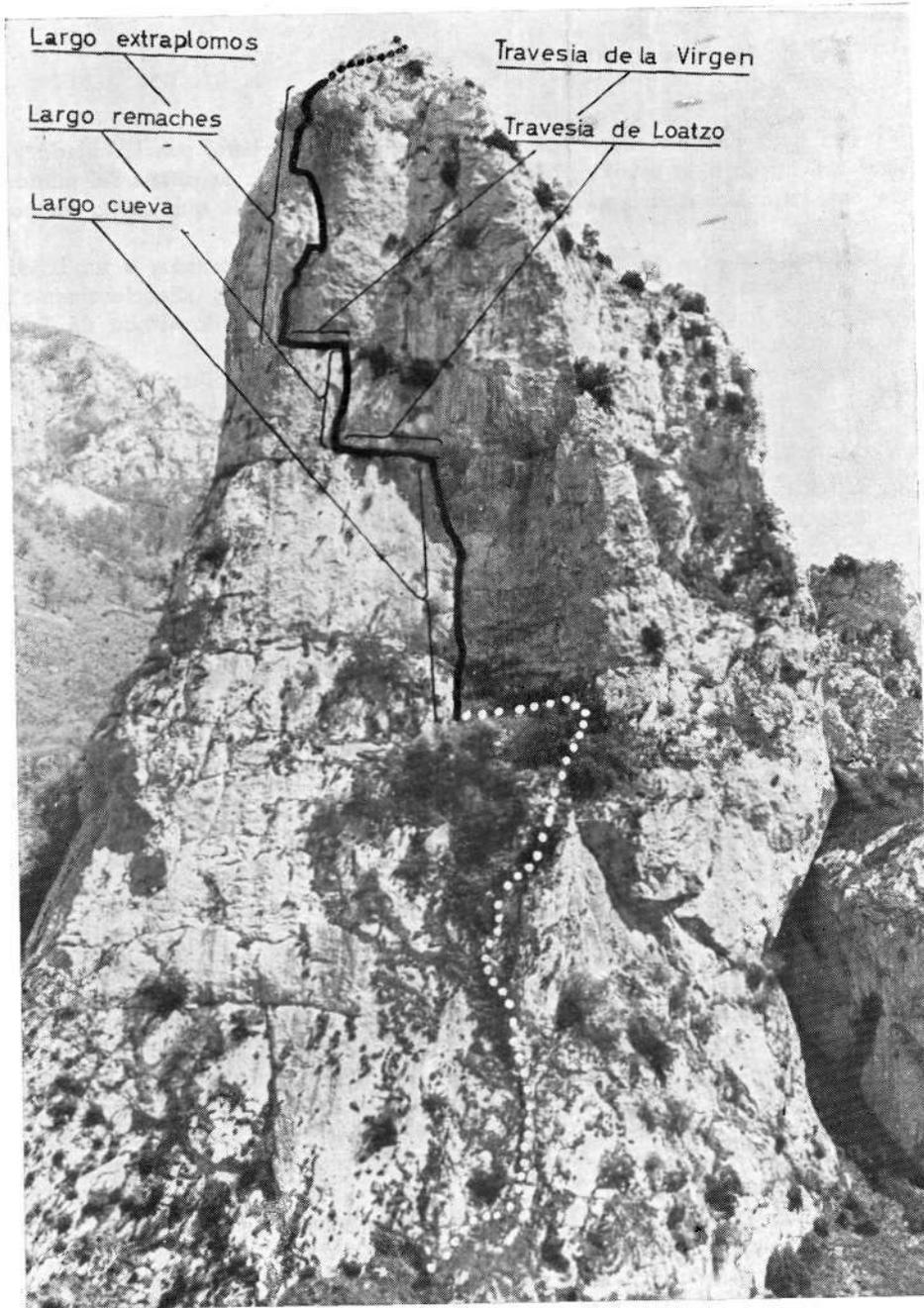
Paseo la vista por el murallón rocoso de enfrente (HERMANA MAYOR). A la derecha: Iruiaundiko-malkorra, monte misterioso que guarda celoso la leyenda de MADDOZ con sus dólmenes milenarios. Más a la diestra, al fondo, la silueta inconfundible del Ireber. San Donato a la izquierda con la cadena de Andía, con unos cúmulos a su lomo presagiando agua. Una vez más pienso en una posible retirada pasados por agua.

Voy fijándome en uno y otro detalle. De vez en vez, los gritos de mi compañero de «suelta y afloja» me vuelven a la realidad.

Pienso en el enamorado de la (Hermana Menor): Miguel Lecertua, para los amigos «Txemi». Cuando años atrás, todavía él soltero, me invitó a acompañarle para intentar ascender juntos este mismo trazado.

Ahora somos tres más los enamorados por atracción tan singular. Y no cesamos hasta surcar en su plenitud la vertiginosa pared.

Resoplando, llega el segundo de cordada a la «Cueva del Buitre».



HERMANA MENOR

Línea de puntos: Escalada en libre. Trazo grueso: Escalada artificial.

(Foto P. Berrio)

—¡Berriz emen! ¡Bueno, ya estamos otra vez aquí! —comentamos.

Nos toca ahora abordar «La travesía de Loatzó». Se trata de un paso horizontal de veinte metros a la izquierda, bastante aéreo, fácil, pero engorroso, ya que tres grupos de arbustos dificultan el ladeo.

—¿Zein lenengo? Vete tú —agrega Miguel.

El primer arbusto un tanto centenario no quiere aguantar mi peso, quejándose amenazador; consigo llegar al taco que también amaga desprenderse. No son más que temores de la imaginación, carentes de fundamento. Después un arbusto más seguro y luego otro que tengo que pasar arrastras por encima de sus ramas hasta su extremo, donde hay un pitón de anilla muy seguro. Estribo al canto, alargo el brazo al máximo, otro pitón y me hallo al final de «la travesía de Loatzó». No paro hasta tres metros encima de éste, muy agarrado a otra especie arbórea, al parecer conífera.

En las plantas, oigo mascullar incoherente a Miguel, al par que lo veo «nadar» como un pato, cimbreándose por sus ramas de goma. En un voleo estamos juntos al principio de la «vertical de los remaches».

Este largo (15 metros), muy aéreo, no ofrece más dificultad que ir superando en artificial por dos primeros pitones colocados en pleno diedro algo extraplomo que desemboca en una placa lisa desprovista de grietas y agarres en donde con ayuda de tres remaches imprescindibles, conseguiremos alcanzar un pequeño tronco e izarnos por encima de él a puro brazo hasta un cuarto expansivo. Hallándonos ya al pie de la «Travesía de la Virgen».

Es grande nuestra desilusión al dirigir la vista al punto donde hace cuatro meses coloqué una imagen de la Virgen con su pequeña capilla y correspondiente buzón de escalada, ya que al parecer habiase desprendido por los últimos fuertes vientos. Queda el vestigio de un remache con su chapa de acero inoxidable. Supongo su caída hasta la carretera, puesto que dimos una batida infructuosa por las laderas herbosas.

Sentados sobre los asientos de lona tomamos algún alimento y descansamos. Los paseantes del asfalto nos observan con curiosidad; hasta que se cansan y se van, empero vienen otros. De esta manera perdura la espectación toda la jornada que para los escaladores sirve de estímulo.

Sin más dilación acometo la «Travesía de la Virgen». El primer obstáculo es un arbusto considerable que es necesario transponer al lado opuesto con ayuda de un cordino y estribo. Acógeme después un taco y desmontando de las escalas me paseo en libre sobre la cornisa que presenta la roca hasta su final, siempre a la izquierda con buenos agarres (ocho metros).

Al término del paso horizontal comienza el «largo de los extraplomos». En principio un pequeño desplome de roca dudosa. Con la ayuda de un pitón y estribo se alcanza después en libre unos troncos. Continuo encajonado por oposición sobre un diedro de fisura ancha, donde indistintamente introduzco pies y manos. Sitúome de esta manera bajo techo con una gran grieta que asciende diagonalmente a la derecha. Es imposible meter nada, por tanto opto por ladear a la derecha y acometerlo más arriba. Así lo hago con tres pitones, luego me supero con una taco-clavija, abordando con ímpetu el extraplomo sin pensar en el vacío.

Siento en mi ser la satisfacción innegable de ser los privilegiados escalando esta verticalidad, que durante siglos permaneció intacta. Con los medios moder-

nos que la actual técnica aporta a la progresión en roca se hace factible la ascensión más exigente. Es necesario un poco de sangre fría contra la aversión que trae consigo la altura y esto se consigue con la continuidad que da paso a la seguridad del escalador. Dueño de sí mismo, dueño de la roca, se goza plenamente en la más dura trepada.

Avanzo sobre el techado apoyado en los estribos; dos pitones. La cuerda en continuos ángulos se resiste a deslizarse con normalidad. Respiro hondo y descanso...

—¡Aizu Mikel! Bota materiala.

Al reclamo, éste engancha varias clavijas al cordino auxiliar que yo atraigo. Continuo. Dejando el desplome a mis pies me ladeo a la derecha para introducirme en especie de diedro sucio que resuelvo en libre. El grito del compañero me advierte que sólo quedan dos metros de cuerda. Colocadas dos clavijas de seguro le aviso:

—¡Io!

Al rato emerge sobre la roca. El vacío se pierde en el pedestal de la Hermana Mayor; ya no se ve el río ni la carretera, puesto que el vuelo del calcáreo lo impide.

—¡Oye tú! —me llama—: ¿Pero eres más alto que yo?, ¿cómo has llegado a esas clavijas? Le contesto que me acompaña un buen momento, le sigue un farol y agrego no acordarme del pasado y sí del presente prometedor.

—¡Mira lo que falta!

La alegría es contagiosa a juzgar por las bromas que prodigamos. Estamos contentos y el aspecto de la roca por escalar es bueno. Sin demora reinicio en libre la última distancia. A los diez metros meto un pitón y me asesto un fortuito martillazo en el anular izquierdo. Nada importa, todo es euforia.

Un paso bavaresco desde un arbusto me acerca bajo un pequeño voladizo a la altura del árbol. Coloco otro hierro y al segundo intento lo dejo atrás. Sentado sobre el grueso tronco indico a Miguel que la victoria es realidad. Más tarde en la cumbre se suceden los apretones y abrazos. Hay que rociar la conquistista con el mejor champaña.

J. Ignacio Sagredo, un chaval del Alpino Uzturre, lleno de vida e ilusión es el «sherpa» de turno; encuentra en el marco de Natura su campo de acción le gusta sobremanera la escalada. Después de observarnos detenidamente y a una indicación nuestra ha subido los impermeables y me ofrece la vaga roja y el mosquetón «Pierre Allain» por si hacía falta. Son trofeos de batallas pasadas muy apreciados por él. Empleó veinte minutos en subir aquí por el camino. Nosotros invertimos ocho horas con un esfuerzo superior. Sin comentarios.

¿Una quijotada más? La vida está llena de parodias como ésta. Aquí se escapa del tiempo. El hombre, saturado de artificialidad, regresa o lo intenta a su origen: lo natural, y dentro de él juega a su manera, sabe que en ella encontrará el sedante de que carece.

¿Es utópico? ¡No! Muchos días al año gustamos los montañeros de contactar con el aire puro en el bosque, en el río, en el risco, con pájaros y plantas y todo ese compendio que forma parte de la naturaleza. En ella, con todos los rigores circunstanciales, «La Hermana Menor» con su masa ingente de roca fue surcada.

Queda ya, como uno de los recuerdos más fuertes y mejores de mi afición. No hay duda que la situación difícil trae consigo el recuerdo más grato, al contrario, lo fácil y llano desprende un olvido prematuro.

Estoy seguro que mi entrañable primer compañero Alberto Cáceres tendrá bien presente aquella noche de gran aparato eléctrico colgados de las amacas en plena «travesía de la Virgen», abandonados a toda posible protección humana, bien pasados en agua. Meses después e increíblemente con más sencillez, ganamos la partida.

En el terreno humano, he conocido mejor a mi nuevo compañero de cuerda, ante el cual guardo profunda gratitud por sus extraordinarias cualidades humanas, para mí ejemplares. Barkatu Miguel, pero en este mundo somos muchos los egoístas y cuando uno florece en campo contrario, en el campo del bien, hay que pregonarlo a bombo y platillo y sentir alegría al hacerlo, porque así labramos el camino de Dios.

JAUN-GOIKUARI EZKERREZ

«ZIARO POZEZNAGO, NERE AIZPA TXIKI AITZAREN IOERAKIN.
BAÑAN, BIOTZA NAIGABEZ BEITIA DAUKAT, AIZPA GAZTIAREN GATIK»

ASCENSION REALIZADA POR:

Alberto Cáceres — C. D. Amaikak-Bat de San Sebastián.
Francisco Berrio — M. L. A. y C. E. L. O. de San Sebastián.
Miguel Arrastoa — C. A. Uzturre de Tolosa.

MATERIAL EMPLEADO

- 2 cordinos perlón 9 mm. de 40 m.
- 35 clavijas.
- 5 tacos de madera.
- 5 remaches expansivos.
- 2 asientos de lona:
- 2 martillos.
- 2 estribos.
- 1 cordino auxiliar 3 mm. de 50 m.
- 25 mosquetones.

Es sabido que el grado de dificultad de una vía, se halla en relación directa al estado anímico del escalador. Es por esto que sugiero una comprensión benévola a estas gradaciones:

- «Largo de la cueva» 4.º grado
- «Travesía de Loatzo» 3.º »
- «Largo de los remaches» 4.º » superior
- «Travesía de la Virgen» 4.º »
- «Largo de los extraplomos» 5.º »

En la actualidad la «Vía de la Virgen» se halla clavada en su totalidad, 20 mosquetones, 2 cuerdas y estribos es suficiente para llevar a buen fin la escalada.

Una cordada de dos, emplea en esta ascensión 5 horas aproximadamente desde la carretera.

En la «plaza de toros» (rellano con bosque encinal), existe actualmente una placa de aluminio que determina el comienzo exacto de esta ascensión.